



Tres crímenes rituales



Marcel Jouhandeau

Traducción del francés e introducción a cargo de
Eduardo Berti



IMPEDIMENTA



Título original: *Trois crimes rituels*

Primera edición en Impedimenta: febrero de 2014

© Éditions Gallimard, 1962

Copyright de la traducción y de la introducción © Eduardo Berti, 2014

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2014

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

ISBN: 978-84-15578-88-8

Depósito Legal: M-4115-2014

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tres crímenes rituales

LOS AMANTES DE VENDÔME



Como el Cielo, sin duda, siempre sentí debilidad por los culpables, en particular por Denise Labbé y Algarron, porque su juventud causa piedad, porque su belleza es flagrante y su crimen es tan grave que apenas nos atrevemos a imaginar su horror, su infierno tanto más terrible.

Cuando me pidieron que viajara a Blois para asistir a los debates, debí hacer un enorme esfuerzo para decir que no. ¿Con qué justo título me habría presentado allí? Magistrado, miembro del jurado, abogado, testigo, vaya y pase. Pero ¿como espectador, para satisfacer la curiosidad? Me negué.

Aunque estuve lejos, no me perdí nada y, además, ¿qué podría haber añadido a las excelentes crónicas que fueron publicándose? Tal vez lo siguiente: que en determinado momento, para la enseñanza y la edificación moral de todos, dos rostros, bajo las luces de los focos que los alumbraban, proclamaron el beneficio de la Virtud a pesar de su aparente insignificancia. Por mucho tiempo, es verdad, seguirá hablándose de ellos. Son dueños de su propia historia, pero ¿quién aceptaría ocupar su lugar, vivir su caso con todas sus consecuencias? Cada quien se instala en su buena conciencia como si fuera un sillón, cómodamente y del modo más juicioso.

Desde el día en que se supo su aventura, esta me llamó la atención; recorté los artículos que hablaban de ellos, coleccioné sus fotografías. Dado que existen hechos de esta índole, en los que reconocemos, muy vivaz, ardiente y cruda, la realidad palpante y violenta, ¿cómo perder tiempo leyendo novelas imaginativas, por bien escritas que estén?

Debo confesar primero que, antes de conocer todo lo sucedido, me sentía predispuesto contra Algarron; mi piedad propendía más hacia Denise Labbé. Pensaba simplemente: de los dos, el mayor

culpable no es quien ha propinado el golpe, sino quien lo ha montado. En efecto, resulta muy probable que, si Denise no hubiera conocido a Jacques, jamás habría pensado en inmolarse a su hija. Después de haberme informado mejor y de haber reflexionado, soy mucho menos taxativo. Me pregunto si, con la ilusión de casarse o de ser amada por cualquier mozo que saciara sus sentidos elevándola, Denise Labbé no habría estado dispuesta a sacrificar con idéntica decisión a su pequeña Catherine. Según este razonamiento, Algarron no habría sido ya una causa determinante, sino tan solo un motivo oportuno para el crimen.

Denise Labbé no presenta, en absoluto, el aspecto de una joven fácil de influir, sino el de alguien que sabe lo que quiere. Así como ayer perpetró, con sus manos, la muerte de su hija, ¿qué busca hoy? ¿Qué meta persigue con la misma obstinación, con la misma tenacidad? La pérdida del hombre al que ha amado, al que ha hecho pasar, mal que le pese a él, por instigador del crimen. Hay en su mirada, en la expresión de sus rasgos, más resolución que angustia. Ahogada Catherine, perdido Jacques, muy leve ha de ser la pena de ella.

Me detengo en él, ahora; tomo en cuenta su actitud durante el proceso, considero los testimonios, casi todos en su favor, la animosidad sistemática de Denise contra él, y no estoy lejos de creer que todo el drama se apoya en un malentendido inicial: estos dos seres, provenientes de clases sociales muy distintas, nunca hablaron el mismo idioma. Más aún, ignoran que no hablaban de las mismas cosas, y esta doble confusión lo explica todo. La naturaleza de sus preocupaciones no es la misma. Denise, a decir verdad, no carece de inteligencia ni es vulgar (como lo demuestran sus cartas), pero no estaba en absoluto preparada para determinadas charlas, para captar las sutilezas intelectuales que hacían sin duda las delicias de Algarron. Provinciana, ajena a toda cultura literaria o filosófica, en presencia de paradojas, de metáforas, de hipérbolos, de los galimatías de moda que su amante empleaba abusivamente —sobre todo, para seducirla—, ella permanecía aturdida, poco menos que atontada. El señor cultivaba orquídeas; la señorita, plantas simples. Incapaz de entender, interpretaba con sus pobres medios, traducía a su dialecto pequeño-bretón esos acendrados propósitos que

son propiedad exclusiva de los *trissotins*¹ del Saint-Germain-des-Prés de hoy. En descargo de esta joven tan inepta para moverse en lo abstracto, no es descabellado pensar que un día (cosa que, sin duda, los condenó), Jacques, cuyo rostro posee no sé qué cosa diabólica, aceptó abandonar los vuelos entre las nubes y descender al nivel de su amante. Nada hábil para moverse en lo concreto, a lo que no estaba habituado, ¿escogió él acaso un mal ejemplo, insistió excesivamente en una cuerda peligrosa, con cierto trasfondo de crueldad? Tal vez escapó de él, en una de esas improvisaciones líricas tan propias de los amantes, alguna cínica, sádica alusión a un posible sacrificio que podría simbolizar la total sumisión de Denise a su voluntad; tal vez fue con estas ruinas, que perduraban en su mente, que tropezó Denise, por no decir que —al contrario— él se abalanzó sobre ella. «Al fin», se dijo, «ya sé lo que desea él, lo que aguarda de mí para pertenecerme entera y definitivamente.» Y así ocurrió que, en el instante preciso en que ella creía entenderlo mejor, malinterpretó de manera peligrosa la suerte de estar junto a él.

1. Personaje de *Las mujeres sabias*, comedia de Molière en cinco actos. Trissotin es un farsante que simula erudición.

No recorreremos esos senderos que bordean los abismos sin despertar ciertos poderes malignos que ignorábamos tan a nuestro alcance; y, una vez que los hemos desatado, como aprendices de brujo, nos resulta imposible dominarlos. Si hemos ido a solas demasiado lejos, claro que podemos desandar nuestros pasos y volver. Pero, si hemos arrastrado a alguien más dentro de la estela, a alguien que es más sincero o menos flexible, alguien más tosco y decidido, corremos el riesgo de no poder acompañarlo a partir de cierto punto, de suscitar su retraso y, responsables de su caída, compartimos fatalmente las consecuencias funestas. Denise Labbé se dejó llevar por las palabras y, desgraciadamente, las palabras en que confió escondían una trampa mortal.

Este patético drama, por más que pertenezca típicamente a nuestra época, podría haberse desarrollado en cualquier lugar y en cualquier momento, por eso emana de él un aire, un énfasis, una lección y un ejemplo que interesan a toda la humanidad. A esto se suman lo atroz del desenlace y las dudas en torno a lo que desencadenó los hechos. ¿Fue acaso una frase imprudente, un desvío azaroso de la imaginación, más cercano a

la broma que al desafío, lo que causó el drama? ¿O fue una afirmación consciente, explícita, pronunciada con seriedad y solemnidad? Toda la responsabilidad de Algarron se resume allí. ¿Soltó él quizá, con ligereza, una insinuación temeraria o profirió con autoridad cierta amenaza que semejaba una orden? ¿Hubo, cuando habló, algún matiz en su voz, algún reflejo en sus ojos, algo próximo a la magia que influyó en la voluntad de una Denise fascinada e hizo que el infortunio fuera inevitable? Todo el proceso legal se basa en este dilema y nada ha dilucidado al respecto ninguna investigación; en el reino remoto de las intenciones, no hay ningún testigo posible. Tan solo Denise podía librar de cargo y culpa a su amante, quien alegó en vano que no había deseado provocar nada, que no había hecho ni dicho nada que pudiese llevar a Denise a suponer que él anhelaba la muerte de su hija.

Por toda clase de razones (no pienso únicamente en el autor clásico), Racine habría estado feliz de hacer con esto una tragedia que —supongo— hubiese tentado también a Corneille. Hay en Denise Labbé algo de Hermione,² algo

2. Personaje de *Andrómaca*, tragedia de Racine. Hermione es la hija del rey Menelao, de Esparta, y con ella está obligado a casarse Pirro.

de la Cleopatra de *Rodogune*,³ que se alimenta del deseo de destruir todo con su propia destrucción, y asimismo algo de Medea, que también mató a sus hijos y que de su muerte no hace un duelo, sino la ocasión de su triunfo. «Yo, digo, y es suficiente.»⁴

Lo que frustra la simpatía que uno trata de sentir por estos héroes es la escasa generosidad que demuestran el uno por el otro, a pesar de que se han amado, y que demuestran, más aún, por su común desolación.

Cuán reconfortante habría sido, por el contrario, oír a Denise minimizando, y no agravando, el papel que le cupo a Jacques en el delito, aun si la complicidad de él hubiera sido más clara, menos incierta; y cuánto más orgullosos nos sentiríamos de Jacques si hubiera atemperado el desdén, si hubiese manifestado simpatía o más indulgencia por Denise. Pero no. Estos pobres sentimientos nos interesan únicamente a nosotros y resultan ajenos a la pasión que compartieron Denise y Jacques Algarron, de la que solo conservan, con avidez y aspereza, el odio que

3. Tragedia en cinco actos de Pierre Corneille.

4. «*Moi, dis-je, et c'est assez*», frase de la Medea de Corneille.

encierra aún. A Jacques Algarron no le interesa más que echarle toda la culpa a Denise; a Denise Labbé solo le importa arrastrar a Jacques al abismo sin fondo de su propio desastre. Me pregunto cómo harán esta noche los que se aman para mirarse sin una sombra de desconfianza o terror, para no pensar que una sola palabra, malinterpretada por el otro, puede convertirlos para la eternidad en rivales irreconciliables.